LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ...

CANNES/68

AL MARGEN DE UN FESTIVAL QUE NO SE HA QUEDADO AL MARGEN

DE NUESTRO ENVIADO
CESAR SANTOS FONTENLA

BULLETIN ?
DU FESTIVAL INTERNATIONAL DE CANNES
FILM FRANÇAIS | LA CINEMATO...

Après une journée fertile en coups de théâtre et en négociations orageuses

Le Festival va-t-il continuer ?

El domingo 19, la portada del Boletín del Festival, en cuyo ángulo superior derecho, en el lugar reservado a la programación aparecía un espectacular signo de interrogación, era la que reproducimos. La víspera, el delegado general del certamen había decretado ya, en vista de la dimisión de varios miembros del Jurado, su muerte como competición; Favre le Bret bajó a la Gran Sala, donde se celebraba la asamblea general extraordinaria, varias veces...

Mi primer envío desde Cannes empezaba hablando de huelga. De huelga hay que seguir hablando al hacer la última crónica de un Festival que ha muerto sin haber llegado a celebrarse como tal. Los acontecimientos políticos de que desde hace semanas es escenario Francia no podían dejar de influir en un certamen que, precisamente en virtud de su carácter internacional, debía acusarlos y actuar como caja de resonancia a escala mundial. La principal víctima de lo ocurrido a escala de Festival, la más espectacular en todo caso, ha sido el film español «Peppermint Frappé». Las coincidencias en torno a él han sido excepcionales, increíbles casi. Aplazada su proyección a consecuencia de la paralización del 13 de mayo, se retrasó al 18. Los horarios previstos —más adelante se verá por qué esto es importante— para su proyección eran las 10,45 y las 21,10 en la Gran Sala, las 21,30 en la Sala Jean Cocteau y las 21,00 del domingo 19 en el Olympia. Ninguna de las proyecciones pudo celebrarse y, lógicamente, tampoco la que, con carácter de «proyección fantasma», se pretendió hacer al filo de las 16,00 para acabar con las discusiones que tenían lugar en la Gran Sala, «ocupada» por los participantes en el Festival interesados en saber cuál sería el desarrollo de aquél...

En los orígenes de lo ocurrido hay que situar, paralelamente a los acontecimientos políticos, el «affaire» de la Cinemateca, del que ya se dio noticia en estas mismas páginas en su momento, pero que ahora conviene recordar. El 9 de febrero de este año, Henri Langlois, secretario general de la Cinemateca Francesa y su fundador en compañía de Georges Franju y Jean Mitry, era desposeído de su cargo por decisión unilateral del Consejo de Administración, en el que el Estado se ha hecho mayoritario. La noticia provoca inmediatamente una serie de reacciones que pronto se transforman en manifestaciones de calle. Del mundo entero empiezan a llegar cartas y telegramas firmados por las más ilustres personalidades del cine, de Buñuel a Hawks, de Chaplin a Marlene Dietrich, que no sólo protestan contra lo sucedido, sino que niegan la autorización para que sus films sean proyectados en una Cinemateca sin Langlois, ya que la mayoría, o gran parte al menos de las copias existentes, no son propiedad de aquélla, sino que se encuentran en depósito. Las dos salas de proyección, en las que se dan tres y hasta cuatro sesiones diarias, se cierran.

La crisis se agudiza. Se forma un Comité de Defensa de la Cinemateca Francesa, en cuya presidencia de honor figura Jean Renoir, cuyo presidente es Alain Resnais; vicepresidentes, Henri Alekan y Pierre Kast; secretarios, Jean-Luc Godard y Jacques Rivette; tesoros, François Truffaut y Jacques Doniol-Valcroze. Entre los miembros de la oficina figuran, por no citarlos a todos, hombres como Bresson, Carné, Clouzot, Lelouch, Vadim... Langlois ha sido repuesto en su cargo el 22 de abril, pero en revancha, el Estado, al retirarse del Consejo de Administración de la Cinemateca y devolver a ésta su carácter de asociación privada, la deja sin subvención. La Cinemateca es, pues, libre, pero pobre.

Para hablar de todo esto, para solicitar la adhesión no sólo moral sino financiera de los asistentes al Festival, estaba prevista para el día 18 una conferencia de prensa en la Sala Jean Cocteau, que debía celebrarse a las once de la mañana. La tensión era ya, en vista de la situación en que se encontraba el país, de las reuniones que con anterioridad se habían celebrado en la capital, grande. Al iniciarse la reunión de Cannes había subido al máximo. Los componentes

«Peppermint Frappé», el film español de Carlos Saura, fue víctima de una increíble serie de coincidencias. Programado para el día 13, la huelga general hizo que no pudiera proyectarse. Retrasada su proyección al día 18, los acontecimientos la impidieron de nuevo. En la foto superior, el director, la protagonista femenina, Geraldine Chaplin y Antonio Saura, hermano del realizador, siguen con interés los debates en los que se decidiría la suerte del Festival. Abajo, el momento en que un grupo de jóvenes impide sujetando las cortinas que cubren la pantalla, la «proyección fantasma» que alguien pretendió llevar a cabo por sorpresa, y que los responsables del film desautorizaron.

de la mesa estaban, lógicamente, excitados. En París se había hablado ya de lo inoportuno de la celebración de un Festival, con todo lo que lleva aparejado de festejo y mundanidades, en un momento semejante, y de la conveniencia, prácticamente necesidad, de cortar por lo sano. Ante el estado de cosas, los componentes de la mesa —Godard, Truffaut, Albiccoco, Lelouch, etcétera— invitaron a los asistentes a «ocupar» la Gran Sala, donde se proseguirían las conversaciones encaminadas a conseguir que el Festival se diera por terminado ante la gravedad del momento. Polanski, miembro del Jurado, recibió la petición de solicitar que aquél dimitiera de sus funciones, así como algunos de sus compañeros. El público que abarrotaba la Sala Jean Cocteau se trasladó a la Gran Sala, donde a aquella hora debía proyectarse para la prensa «Peppermint Frappé», proyección que había quedado en suspenso en vista de que la prensa, presumiblemente, se encontraba en su totalidad en la referida reunión. La Gran Sala se llenó. En el escenario se colocaron micrófonos, a los que cualquiera tenía acceso para exponer sus tesis. Con diversa fortuna intervinieron distintos oradores, encabezado el grupo de quienes exigían la interrupción del Festival por Truffaut, Godard y Albiccoco. El Jurado, por su parte, se había reunido a deliberar sobre la actitud a tomar y se esperaba su decisión. En función de un «internacionalismo» un poco paternalista no faltaban quienes estando de acuerdo en que el Festival como tal debía suspenderse, pedían que las proyecciones continuaran, aunque sin gala ni limitación de entrada, de modo permanente de ocho de la mañana a doce de la noche, a modo de manifestación cultural popular y democrática Empezaron a llegar rumores de que cuatro de los miembros del Jurado habían dimitido. Varios realizadores subieron al escenario para manifestar que sus films —proyectados o no— quedaban retirados de la competición, aunque entonces no estaba aún muy claro si se proyectarían simplemente o tampoco se exhibirían. Salvo algún momento de acritud, rápidamente cortado, las discusiones seguían adelante sin incidentes cuando Polanski llegó al hall del Palacio para comunicar que Monica Vitti, Louis Malle, Terence Young y él mismo habían presentado su dimisión, y momentos después el delegado general del certamen, Favre le Bret, bajaba a la sala para comu-

nicar lo siguiente: «En razón de la dimisión de cuatro de sus miembros, en virtud de los acontecimientos actuales, el Jurado declara no estar en situación de ejercer sus funciones. En consecuencia, el Consejo de Administración del Festival, constatando que ya no se reúnen las condiciones necesarias, decide que la competición queda suprimida. Las proyecciones previstas se reemprenderán a partir del domingo 19 de mayo, a menos que los productores y realizadores se opongan a la proyección de sus films».

Quedaban, pues, claras varias cosas. Que ya no había Festival en cuanto manifestación competitiva rodeada de otras actividades complementarias. Que productores y realizadores eran completamente libres de autorizar o no la proyección de sus films en el marco de una manifestación que ya no era un certamen en el sentido en que había sido convocado. Por ello, cuando, a eso de las cuatro, con la sala abarrotada por cuantos la ocupaban desde las once y media de la mañana más los que, ingenuamente o no, habían llegado a las tres, hora en que debía proyectarse el film de Resnais —retirado—, se intentó pasar por sorpresa «Peppermint», en una jugada poco limpia que pretendía romper el clima de discusión para transformarlo en uno de violencia, Carlos Saura, Geraldine Chaplin y Elías Querejeta no podían hacer otra cosa sino subir al escenario y evitar que, en tales condiciones, se procediera al pase de su film, cosa de la que por otra parte ya se encargaba un grupo del que formaba parte Godard y que mantenía la cortina que cubre la pantalla cerrada, impidiendo así que la proyección pudiese tener lugar. Cortada ésta, las discusiones siguieron. El chantaje —no puede calificarse de otra manera la actitud— a la cortesía y a las obligaciones para con los «pobres extranjeros» continuó. Una dama japonesa, que resultó ser Mme. Léo Joannon, tuvo la más desafortunada de las intervenciones en este sentido. En revancha, Désiré Ekaré, un realizador de la Costa del Marfil que presentaba su film en la Semana de la Crítica, había dejado bien claro desde por la mañana que en una situación similar los problemas de cortesía quedaban relegados a un plano muy poco importante y que él, más extranjero que nadie —se refería al color de su piel— era el primero en comprender lo que estaba ocurriendo y en pensar que, dadas las circunstancias, la única solución posible era el cierre total del Festival, incluido el cese de todo tipo de proyecciones. El vaivén de opiniones, entre las que estaban las de hoteleros y comerciantes de la localidad, evidentemente más interesados en sus negocios que en lo que el certamen pudiera tener de manifestación cultural, prosiguió, en trecortado por las intervenciones de realizadores que llegaban a anunciar la retirada de sus films o a exponer —como Mai Zetterling— sus dudas antes de tomar una decisión de ese tipo, hasta que la sala se desalojó para procederse, en la contigua, a la celebración del homenaje a Georges Sadoul, en el que intervinieron distintas personalidades de la crítica y la realización. Terminado éste, se comunicó que se había nombrado un comité formado por Henri Chapier —crítico de «Combat»—, Louis Marcorelles —crítico y organizador de la Semana de la Crítica— y Louis Malle, que había parlamentado con Favre le Bret y había obtenido de éste que, aunque el acceso al Palacio del Festival quedara prohibido, se pusiera a disposición de los participantes la Sala Jean Cocteau, en la que a partir de las nueve de la noche proseguirían las discusiones encaminadas a tomar una actitud definitiva respecto al cierre o continuación del certamen.

En esta reunión nocturna se perfilaron rápidamente dos posiciones. La de Chapier, que sostenía que si bien el Festival como tal ya había dejado de existir debían continuar las proyecciones y celebrarse paralelamente una serie de reuniones de trabajo encaminadas a reestructurar desde la base el cine francés, y la de Louis Seguin —de «Positif»—, que consideraba que el cese de toda actividad debía ser total. Rechazada numerosas veces la votación, por considerarse que se trataba de un procedimiento que precisamente había llevado al país a momentos como los que estaba y sigue viviendo, y ante la dificultad de llegar a una moción que fuera síntesis de las distintas propuestas expresadas y que pudiera ser aprobada por aclamación, se formó un nuevo comité compuesto por quienes de modo más activo y desde posturas diversas habían intervenido en el debate —que duraba ya más de doce horas desde que se iniciara en la mañana—, para que redactara un proyecto de texto, que resultó ser, una vez leído, algo híbrido que en el afán de contentar a todos no satisfacía a nadie. El cansancio era grande, y la reunión se disolvió para volver a comenzar a las diez de la mañana del domingo, con los ánimos serenos y las fuerzas repuestas, aunque grupos discordantes siguieran discutiendo apasionadamente en los escalones del Palacio.

A la mañana siguiente todo parecía claro. Las posiciones intermedias se habían manifestado como inviables, y la de continuar el Festival no era tampoco posible, dado que oficialmente se había declarado la víspera que como competición había dejado de existir. No cabía, pues, más que el cierre. De hecho, los carteles en que se anuncian las proyecciones había amanecido en blanco, el recuadro en el que en el Boletín se anuncian las películas del día lo ocupaba un gran signo de interrogación, las intervenciones de los realizadores —incluso los al principio remisos, como Mai Zetterling— retirando sus films habían continuado. Se comentaba en los pasillos que Favre le Bret estaba redactando el comunicado final, que leyó, en efecto, poco antes de las doce. «Dado que las circunstancias no permiten asegurar las proyecciones en condiciones normales, el Consejo de Administración del Festival Internacional del Film decide parar el XXI Festival y se excusa de esta situación frente a los participantes extranjeros. El Consejo de Administración decide por unanimidad declarar clausurado el XXI Festival Internacional del Film el domingo 19 de mayo a las doce horas». Y a las doce en punto se bajaban las banderas.

Naturalmente, al conocerse el cese definitivo del Festival ha habido reacciones de todo tipo. Es cierto que muchos, especialmente quienes confiaban en lo que para sus películas representa el lanzamiento en un certamen de esta repercusión, han sufrido un golpe fuerte. Pero no lo es menos que ellos habrían sido los primeros perjudicados caso de proyectarse sus películas en el clima de tensión reinante, presumiblemente en ausencia de los críticos y ante una hostilidad general. Buena prueba de ello es lo ocurrido con el film español —no hay más remedio que volver a él dada la increíble coincidencia de fechas—, cuya proyección forzada afortunadamente pudo suspenderse. La F.I.A.P.F. —Organización Internacional de Productores—, por otra parte, había hecho público un comunicado, antes del cierre definitivo del certamen, en el que se especificaba que, terminado en cualquier caso el Festival como tal, «todos los films seleccionados e invitados para el XXI Festival de Cannes podrán participar en competición en los demás Festivales Internacionales», independientemente de que hubieran sido ya proyectados o no, lo que significa un reconocimiento por parte de dicha asociación de que, a todos los efectos, el Festival no ha existido. Favre le Bret, hombre hábil e inteligente, ha sabido, en todo momento, mantenerse en una posición tal que, sea cual sea el resultado de la crisis, pueda defender su actitud. Desde las primeras horas de «ocupación» de la sala bajó con regularidad a hablar desde los micrófonos, no limitándose a hacerlo cuando se trataba de una comunicación oficial. Y desde las tres de la tarde estuvo reuniéndose con cuantos le solicitaban hacerlo, desde el Consejo de Administración a las delegaciones y comisiones que iban nombrándose. Los productores, que en un momento hablaron de una contramanifestación, no hicieron nada que auténticamente pudiera calificarse de tal.

Las consecuencias de lo ocurrido sobre los festivales que se han de celebrar a continuación del de Cannes son imprevisibles. Se habla de la posibilidad de que Berlín no tenga lugar o de que ocurra algo similar a lo de Cannes, de que Chiarini, que ya ha invitado a Venecia a representantes de los movimientos internacionales estudiantiles, aproveche lo sucedido en Cannes para lograr algo por lo que lleva años abogando, la supresión del Palmarés. Y Karlovy-Vary, que está al empezar, puede ser, dada la ebullición en que en la actualidad se encuentra Checoslovaquia, un nuevo campo de batalla. A una escala más amplia, lo ocurrido en Cannes es significativo. El cine, por sus especiales características, tanto culturales como económicas, no ha podido permanecer al margen de la realidad que le rodea y que debe contribuir a cambiar. Posiblemente el año próximo no haya Festival de Cannes, o se celebre desde bases muy distintas. Todo dependerá, en suma, de lo que ocurra no en el, aunque espectacular, pequeño mundo del cine, sino, sencillamente, en el mundo. ■ C. S. F.

Godard y Truffaut fueron, en las primeras horas de la mañana, los principales animadores de la reunión de la que saldría la decisión de parar el Festival. A la izquierda, uno de los raros momentos de violencia de aquélla: Godard, que ha perdido sus gafas, sería lanzado al suelo instantes después del que recoge la foto. Arriba, Truffaut y el protagonista de sus films primero y último, Jean-Pierre Léaud, ante los micrófonos. Abajo, Monica Vitti, Roman Polanski y Louis Malle, tres de los miembros del Jurado que, con Terence Young, dimitieron, en el momento de tomar su decisión, que acabaría con el certamen como tal.

DE NANTERRE A LAS BARRICADAS

(Viene de la página 44)

3 de mayo. Menos anarquista que el de Cohn. Un grupo intelectual: viejos militantes comunistas, profesores y estudiantes. Gentes con formación política. El primer viernes trágico fue víctima de una represión que, sin ambages, puede calificarse de brutal. Psicológicamente representó para quienes la vieron la lucha de David y Goliat. Estos muchachos y muchachas luchando a cuerpo limpio con las aguerridas fuerzas de la Seguridad levantaron una ola de simpatías. En ese día y en los siguientes —los estudiantes eran ya quince mil: la organización de combate se había formado y había estrategia, sistema, armas improvisadas, movimientos tácticos— la población que llamaremos civil, los habitantes del barrio latino, hicieron causa común con los estudiantes. Se ha visto arrojar muebles contra los gendarmes: se ha visto a los gendarmes colocar sus granadas de gases lacrimógenos en las ventanas abiertas —una bomba de gases lacrimógenos en el espacio de una habitación puede ser mortal—. Así se llegó al «segundo viernes trágico»: a la noche del 10 al 11 de mayo. Batalla campal en torno a la Sorbona. Barricadas en el Boulevard de Saint Michel: cientos de heridos, cientos de coches ardiendo... Lo que había sucedido era irreparable.

Durante ese largo tiempo, una extraña ceguera parecía haberse apoderado de los sectores sociales establecidos. Para el poder, para el ministro de Educación, se trataba de un puñado de «troublions», de revoltosuelos. Para el partido comunista, eran unos «grupúsculos», adoradores de efigies románticas: del Che Guevara —el anfiteatro de Nanterre se llama ahora «Anfiteatro Che Guevara»— de Castro, de Mao Tse Tung, de Ho Chi Minh, de Trotsky —hay un partido trotskista en Francia: tiene mil afiliados en todo el país. El partido comunista «pro chino» tiene probablemente menos—. Seguy, secretario general de la CGT, el hombre que creía tener en sus manos todo el poder de movilización de la clase obrera, dijo despectivamente: «¿Daniel Cohn? No sé quién es». El prefecto de policía de París hablaba de «subversión organizada», de «elementos venidos del exterior».

Pero el poder comenzaba a retroceder. «Le pouvoir ne recule pas», dijo una vez De Gaulle. El poder, naturalmente, retrocede cuando no tiene más remedio, o se va del todo. Los movimientos fueron contradictorios. Se anunció una amnistía de los estudiantes detenidos: no se cumplió —se ha votado más tarde, ya en plena huelga general: en un fugaz consejo de ministros, el 21 de mayo—; se anunció la reapertura de la Sorbona, no se cumplió. El General no se movió de su viejo y conocido desdén. Tenía un viaje oficial a Rumania que cumplir, y no lo anuló —con menor motivo ha anulado el canciller alemán Kiesinger—; apenas lo acortó en unas horas. En Rumania pronunció su acostumbrada homilía paternal de recomendaciones, de consejos a los rumanos, mientras en su país la hoguera estaba encendida. Los ecos de la huelga le llegaban: el avión que tenía que traer a Bucarest las vituallas para una recepción en la Embajada francesa no llegó nunca, porque el aeropuerto de Orly estaba paralizado. De Gaulle había anunciado que se dirigiría al país el 24 de mayo —es decir, al terminar la votación en la Asamblea de la moción de censura, de cuya mayoría gubernamental estaba seguro por deificación de los diputados—; no creyó necesario adelantarse. Apenas una frase en su estilo característico: «Reformas, sí; carnavaladas grotescas, no». Es un hombre que tiene la virtud de irritar.

Pero mientras el General De Gaulle daba lecciones de democracia en Bucarest, los acontecimientos de Francia eran alarmantes. Había empezado —lunes, 13 de mayo: aniversario del golpe de estado que había llevado a De Gaulle al poder— la huelga general. En principio, la huelga general, o los movimientos de huelga, habían sorprendido a las centrales sindicales. Venía de la base. Los estudiantes habían despertado una serie de problemas dormidos. En cada adulto hay un hombre de veinte años ahogado, traicionado, encenagado: ese hombre comenzaba a ponerse en pie. Los jefes de los grandes sindicatos —la CDFT, antiguos trabajadores cristianos; la CGT, comunista; FO, socialista— comenzaba a recibir una acusación grave: la de que formaban parte de la sociedad de los dogmas, de la sociedad de consumo. La de que se habían «integrado», como decía Marcuse; no las

(Pasa a la página 68)